

## **A los padres y las familias de nuestros alumnos.**

El darnos un abrazo es una costumbre que llevamos muy incorporada a nuestra forma de ser y de vincularnos. En este tiempo he visto con alegría infinidad de fotos donde aparecen nietos que finalmente pudieron dar un abrazo a uno de sus abuelos; de sobrinos que al fin visitaron a ese tío que vive solo. Un egresado me compartía la imagen del encuentro con su novia después de no sé cuántas semanas. El abrazo de bienvenida al familiar al que la pandemia lo pescó a miles de kilómetros, y finalmente llegó de nuevo a casa.

Y hay también abrazos que fueron los últimos porque un ser querido estaba partiendo. Y abrazos que no pudieron ser, y que apenas se expresaron por unos ojos lagrimeando y un corazón partido, en un adiós que ya es difícil vivir y encima tener que contener mucho de lo que se siente.

Y están los abrazos que no pudimos dar y siguen pendientes. Menciono algo muy personal: mi madre cumplió años este mes y como vive en Buenos Aires hace mucho que no la veo, y entonces queda en mi interior ese impulso de abrazarla y poder decirle *gracias* con un beso.

En este tiempo, cuando me voy enterando que algunas pérdidas o la enfermedad van marcando la vida de algunos alumnos o sus familias, experimento una gran impotencia. Porque ahora no tengo la posibilidad de que volviendo ese chico al colegio uno vaya a buscarlo y a darle un abrazo y decirle de alguna manera que estamos junto a él, que no está solo con su dolor.

Ahora que la primavera avanza, cuando cae la noche sobre estos patios y se siente correr un aire cálido, ese es el momento para invocar a la Virgen, para rezarle a María por todos nuestros alumnos y docentes, por todos nuestros hogares. Y me gusta decirle a la Virgen que sea Ella la que ampare y haga sentir su ternura allí adonde uno no puede llegar. O que en todo caso me muestre qué más puedo hacer o intentar para aliviar al que sufre.

Queridas familias: es verdad que estamos cansados. Los que saben aconsejan que en tiempos de crisis no sirve angustiarse tanto por *lo que no podemos hacer* y es mejor que nos centremos enseguida en *lo que sí podemos hacer*.

Por eso concluyo invitándolos a que demos los abrazos que podemos dar.

Don Bosco nos enseñó que *no basta amar; el otro se tiene que dar cuenta de que es amado*.

Y cuando escribo “dar abrazos” me refiero a tratar de hacer que el otro se sienta bien, ser más ágiles para perdonar, ofrecer la oreja al que necesita expresarse, no hacer un mundo por pequeñeces, y también saber reírse un poco más de sí mismos, porque la susceptibilidad y la impaciencia están a la vuelta de la esquina.

Los abrazo con el alma. Rezamos unos por otros.

[aamaya@sanjoserosario.com.ar](mailto:aamaya@sanjoserosario.com.ar)

341 280 2104

  
P. Ángel Amaya SDB  
Padre Director

**130 AÑOS**

Formando buenos cristianos y honestos ciudadanos